La Búsqueda

Carlos Stehli Martinez

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera Edición actualizada: Diciembre 2021

© Carlos Stehli Martinez
© Editorial Circulo Rojo

Impreso por Circulo Rojo

ISBN: 978-84-1115-544-1
Depósito Legal: AL 3523-2021

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com
Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

…a mi esposa Nury, a mis hijos y a todas
las personas que toman a la vida
como una gran aventura y un gran aprendizaje.

La mayor remora de la vida es la
espera del mañana
y la pérdida del día de hoy

Séneca

La vida no trata de encontrarse a sí
mismo, sino de crearse a sí mismo

George Bernard Shaw

Índice

Introducción 11
Capítulo I 13
Capítulo II 15
Capítulo III 27
Capítulo IV 45
Capítulo V 59
Capítulo VI 69
Capítulo VII 85
Capítulo VIII 101
Capítulo IX 123
Capítulo X 151
Capítulo XI 177
Capítulo XII 199
Capítulo XIII 209
Capítulo XIV 223
Capítulo XV 243
Capítulo XVI 267

Introducción

Esta novela nace de una de las tantas historias que forman parte de la vida y las costumbres de un pequeño pueblo en Bolivia: Villa Montes. Fundado sobre lo que fue una antigua misión franciscana a mediados del siglo XIX, lo rodea la exuberante naturaleza color verde esmeralda del Chaco Boreal y se asienta como algo singular al inicio de la llanura chaqueña boliviana. Lo baña por el sur la orilla izquierda del caudaloso río Pilcomayo y lo contempla desde el poniente y el norte el altivo y majestuoso Aguaragüe que se alza impertérrito desde la sombra de los tiempos como el último contrafuerte de la cordillera oriental de los Andes. Un pueblo de corta pero importante historia, fue actor y testigo de la guerra más cruenta e injusta en el continente sudamericano: la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay. De gente sencilla, hospitalaria y amigable, es una tierra de recuerdos y leyendas que me cautivó desde que pisé, a mis cinco años, su ardiente y enigmático suelo, y hoy en la lejanía, donde el destino me hizo echar raíces, todavía me sigue cautivando. Allí crecí junto con mis sueños de adolescente travieso, cobijado en ese modo de vida apacible y campestre que transcurría parsimoniosa lejos de los grandes centros poblados y en el total olvido del gobierno.

Por los años sesenta del siglo pasado, tendría Villa Montes unas dos mil quinientas almas. Parte del disfrute de la reposada y tranquila vida de su gente, era el compartir numerosas y diferen-

tes historias. Las había gloriosas y épicas que eran el orgullo del villamontino, pero también las tétricas y terroríficas de fantasmas y aparecidos, contadas para asustar a los parroquianos borrachos o trasnochados, y, como no podía faltar en el acervo popular, las que hablaban de tesoros escondidos y enterrados, como las que relataban, con mucha discreción y en misterioso suspenso, los aficionados a los pretendidos filones auríferos en las entrañas del macizo Aguaragüe. De adolescente, en una reunión familiar de gente mayor, escuché una narración efusiva y apasionada de una de esas historias que me quedó muy grabada y dándome vueltas en la cabeza por muchos años y llego a ser, finalmente, la fuente que inspiró esta novela. Una tarde, sentado sobre una piedra a orillas del río Mala cerca de Lima, mirando un sereno y cálido atardecer con el sol perdiéndose tras de los resecos cerros, sus ardientes celajes rojizos dispararon mi imaginación encendiendo la añoranza al Chaco y su gente, y como una epifanía, apareció la idea de escribir esta novela y tomé la decisión de hacerlo.

Carlos Stehli Martínez

Capítulo I

Desde lo alto de la pequeña barranca, el puma, detrás del robusto tronco de un cedro y protegido bajo su espesa sombra del ardiente sol del atardecer, observaba a través de los arbustos del bosque la bamboleante silueta de un hombre que, tropezando entre las piedras y la rojiza arena del lecho de la seca quebrada, avanzaba lenta y penosamente, subiendo el pendiente cauce. Los jirones de su ropa aumentaban la miseria de su imagen. El brazo izquierdo colgaba suelto como sin vida y en la mano derecha usaba un delgado tronco de madera a manera de bastón, para ayudar a la pierna del mismo lado, que mostraba la destrozada bota de cuero con la suela de la base por desprenderse. Con pequeños saltos, la cabeza gacha y un rictus de dolor en el rostro, progresaba en su lenta marcha. La frente perlada por el copioso sudor que chorreaba por el cuello, le mojaba los hombros y el pecho de la camisa color kaki que desabotonada hasta la mitad y manchada con la sangre seca de una herida encima de la oreja izquierda, dejaba ver la suciedad terrosa y húmeda de la camiseta blanca. El animal lo observaba impávido sin mayor recelo como comprendiendo que no había nada que temer por la presencia de esa ruinosa humanidad que se movía torpemente bajo el intenso sol primaveral, que le caía a plomo, sobre su curvada espalda. Siguiéndolo con su gélida y felina mirada, lo vio pasar escuchando su rápida y jadeante respiración cansada. De pronto el hombre paró su angustiosa marcha, alzó con lentitud la cabeza, sus ojos enrojeci-

dos por el sudor y vidriosos por la sed, buscaban con desesperación algo que deseaban ubicar. El rictus de dolor y cansancio de su rostro quemado por el sol desapareció por un instante cuando notó el angosto camino de herradura, que, como una cinta clara de tierra seca y rojiza, tapado por momentos por el bosque, bajaba serpenteante del cerro y alcanzaba y cruzaba la quebrada. Con voz cansada y ronca por la sed exclamó con fuerza y notorio alivio:

—¡Por fin! ¡Gracias, Dios mío!

El puma inquietado por las intempestivas y expresivas palabras giró su cuerpo y con un ágil salto se deslizó sigiloso esfumándose en la espesura del monte. El desdichado llegó hasta la intersección de la quebrada con el camino y detuvo su torpe y vacilante paso. Miró a su alrededor y se dirigió lentamente hacia una roca grande y rojiza, apostada al lado del camino y bajo la sombra de un lapacho[1]. Se apoyó con la mano izquierda sintiendo el dolor de su muñeca luxada. Tiró el improvisado bastón y lentamente se dejó caer de espalda sobre la piedra, resbalando en ella y mojándola con el sudor de su camisa. Quedó sentado en el suelo arenoso, con las piernas extendidas, tocando con los maltrechos pies el borde del camino. Apoyó la nuca contra la roca y con la mirada cansada y atribulada, observó el cielo encendido del atardecer. En la nueva postura más cómoda de su cuerpo, sintió una reconfortante sensación de alivio y se fue adormeciendo poco a poco. A su izquierda, el disco rojizo y tembloroso del sol se perdía tras las boscosas colinas, sus rayos como pinceles celestiales coloreaban de intenso arrebol las dispersas nubes, bañando con su vespertina luz ambarina las cimas del Aguaragüe. Agitado y vencido por el cansancio, resollaba con la boca seca y semiabierta. Con su vitalidad casi agotada, herido, sucio, despidiendo un olor a sudor rancio, se quedó quieto, mustio y resignado, preso de sus miedos, ante la cercanía de la noche.

[1] Tajibo o Lapacho, árbol grande y frondoso de hermosas flores y fina madera.

Capítulo II

En su casa del barrio de Barranco y sentado en el cómodo sillón de cuero negro de su escritorio, Ray miraba a través del vidrio y los barrotes de hierro de la ventana la calle mojada por la tenue garua. El cielo de Lima con su color «panza de burro» ponía un fondo gris al ambiente de la fría, húmeda y lóbrega mañana invernal. Saboreaba con tragos cortos un humeante café servido en una taza de cerámica. Esa mañana se proponía arreglar un álbum fotográfico de antiguos recuerdos familiares y su mente vagaba recordando, con una sutil añoranza, los inviernos soleados de su lejana tierra chaqueña, al sur de Bolivia. La habitación lucía como si recientemente hubiera sido ordenada y limpiada. En sus paredes colgaban fotografías, cuadros, adornos y diplomas que resumían eventos importantes de su vida. Un amplio estante con libros de diferentes disciplinas, viejos y nuevos le proporcionaba el solaz para disfrutar de su avidez por la lectura. En el ambiente se respiraba un aire de tranquilidad y calidez. Hacía mucho tiempo que deseaba arreglar ese viejo álbum, lo había ido postergando, a veces por falta de tiempo, otras veces para evitar traer del ayer pasajes que lo entristecían. Ahora que estaba jubilado decidió hacerlo. Después de tomar el último trago de café, sacó del estante el voluminoso álbum y lo colocó sobre la plancha de vidrio de su escritorio. Con delicadeza como si se tratara de algo especial, abrió la gruesa tapa de cartón marrón y comenzó a ho-

jearlo lentamente. Contenía fotografías antiguas y mayormente en blanco y negro, algunas estaban sueltas y sin ningún orden cronológico, amontonadas entre las páginas como esperando el momento para ser clasificadas. Al mirar las imágenes, brotaron reminiscencias gratas, pero también esas tristes que lo ataban a los recuerdos de una experiencia que nunca hubiera querido vivir. Contempló una fotografía que mostraba un instante congelado en el tiempo, en que aparecía de niño, con su padre y otros amigos cuando subieron a explorar la zona del Alto Camatindi en el Aguaragüe. Después de casi cincuenta años, todavía podía sentir las vibraciones del entusiasmo y la emoción del grupo, buscando en el terreno, las referencias en un vetusto mapa trazado a mano. La foto le trajo el recuerdo de la última vez que vio a su padre, una fresca madrugada de primavera, en la cual partió de excursión con sus amigos para no regresar jamás. Mientras arreglaba el álbum, concentrado en la selección y datación de las fotografías, se escuchaba de fondo por la televisión los comentarios periodísticos al discurso dado por el nuevo presidente del Perú, Ollanta Humala. Olga, su esposa, sentada frente al televisor de la sala, hacía un comentario:

—Tiene todo lo necesario para hacer un buen gobierno. ¡Ojalá!

—Creo que sí —le contesto él sin mayor emoción ni afecto.

Su tarea era observada por la mirada cariñosa de Clovis, su perro, que permanecía echado a su lado sobre la alfombra, al pie del escritorio. De rato en rato, le pasaba la mano por el pantalón como solicitando su atención.

—Ya te saqué a pasear. Ahora déjame terminar de arreglar el álbum —le dijo acariciándole la cabeza.

El perro, como entendiendo el deseo de su amo, paró las negras orejas y levantándose se retiró hacia el interior de la casa, moviendo la cola. Con una callada sonrisa, Ray lo siguió con la mirada. «Eres un consentido», dijo para sí mismo. En ese momento escuchó la voz de Olga que le decía:

—Voy a llamar al aeropuerto para confirmar la hora de llegada de KLM.

Ese día para la familia Schultz era un día muy importante y especial.

De Alemania llegaba después de dos años Adolfo, su único hijo, graduado de biólogo en la universidad de Múnich. Solo estaría unos días de visita para luego viajar a Australia a realizar un estudio de posgrado en la universidad de Sídney. Se sentían contentos de su regreso y orgullosos de que haya culminado con éxito el ciclo académico y conseguido, casi inmediatamente, trabajo para continuar sus estudios. Olga y Rosaura, la empleada, se habían encargado de dejar la casa impecable. Ray había arreglado con esmero su escritorio/ biblioteca, donde acostumbraba a reunirse con Adolfo para hablar de temas de ciencia que los apasionaba, así como para recordar épocas en que Adolfo lo acompañaba en sus excursiones a disfrutar de la naturaleza. Á sus sesenta y un años se mantenía sano y fuerte, de mediana estatura, cabellos canosos y largos, geólogo de profesión y astrónomo aficionado desde su niñez, se había jubilado recientemente de gerente de operaciones de una compañía petrolera extranjera que tenía negocios en el Perú y había decidido radicarse en Lima.

—El avión llega a la hora prevista; a las 19:00 —escuchó de nuevo la voz de Olga que venía del vestíbulo de la casa.

—Saldremos a las 18:15, hoy es feriado, no hay tráfico —le respondió. Olga, unos diez años más joven, lo había conocido en Caracas hacía más de veintisiete años. Delgada y alta, cabello largo y oscuro, con el donaire caribe de la mujer guapa, entró al escritorio y se quedó parada junto a él mirando su trabajo con el álbum familiar. Sin deseo de perturbarlo le dijo:

—Qué bien que por fin hayas comenzado a ordenar ese viejo álbum.

Como despertando del ensueño creado por los recuerdos, levantó la cabeza y con una cariñosa mirada le contestó:

—Tenía que animarme a hacerlo en algún momento. Terminaré al final de la mañana.

—Veo que tienes para rato. Te dejo, me voy a la cocina a ver el almuerzo. —Dándole un beso en la mejilla salió del cuarto.

Almorzaron al mediodía evocando recuerdos de sus vivencias con Adolfo y comentando lo que harían durante su corta permanencia en Lima. Tomaron un descanso y luego salieron a comprar al supermercado cosas para la cena. A la hora señalada, en la camioneta tipo Station Wagon, salieron de su casa, rumbo al aeropuerto Internacional Jorge Chávez. Como él había anticipado, no había mucho tráfico y llegaron rápidamente. Parquearon el vehículo en la zona de estacionamiento y cuando entraban al edificio terminal, se anunció el arribo del vuelo de KLM. Frente al área de llegadas y tras de una cinta oscura soportada por pequeños postes metálicos, con la mirada ansiosa y nerviosos por la alegría del encuentro, escudriñaban a los pasajeros que salían. De pronto apareció Adolfo empujando un carrito repleto de equipaje. Parecido y de igual tamaño que Ray, vestido de una manera informal: *blue jeans*, polo, casaca de cuero y zapatillas deportivas. Identificó a sus padres que agitaban las manos frenéticamente. El encuentro fue muy emotivo y afectuoso. El abrazo con Olga parecía interminable. Cerca de ellos, una joven mujer rubia, cabello largo hasta los hombros y de rasgos finos, luciendo su hermoso rostro recién retocado por el maquillaje, miraba con una amplia sonrisa el emotivo reencuentro familiar. Recuperado de la emoción, Adolfo dirigiéndose a sus padres les dijo:

—¡Oh! Papá, mamá, les presento a Brigitte.

Ray un poco sorprendido le dio la mano, asumió, por su apariencia y las circunstancias, que sería alemana y la saludó con amabilidad en su tosco alemán:

—*Guten Abend, Brigitte, Wie geht es Ihnen? Willkommen in Perú.*

Olga, impresionada todavía por el reencuentro, la saludó cariñosamente con un abrazo y un beso en la mejilla. Brigitte, con

la mirada encendida de sus ojos azules y hablando español con acento extranjero, con voz suave y cariñosa, se dirigió a los padres de Adolfo diciéndoles:

—Es muy grato para mí conocerlos. Adolfo me habló mucho de ustedes.

Fueron momentos muy emotivos y de alegría para todos. Para Brigitte era la primera vez que venía a Suramérica y eran grandes sus expectativas. Había aprendido el español en la universidad y conoció a Adolfo durante la preparación de su trabajo final. Bióloga al igual que él y con muchas ganas de cambiar el ambiente europeo por uno diferente, al menos por un tiempo, se la notaba contenta por su nueva experiencia. Motivado por el deseo de charlar con su hijo en la tranquilidad del hogar, Ray les dijo:

—Vamos a casa, tendrán muchas cosas que contarnos.

Recuperados de la fuerte emoción del reencuentro, se dirigieron hacía el área de parqueo. Adolfo, al lado de su padre, empujaba el carrito portaequipajes. Olga y Brigitte, detrás de ellos, conversaban amigablemente. El camino a la casa fue rápido. A pesar de la oscuridad, Adolfo pudo notar con sorpresa algunos cambios en la edificación de la ciudad. Dijo para sí mismo: «Lima ha crecido en estos años». En la casa fueron recibidos en el vestíbulo por Rosaura que conmovida abrazó a Adolfo, quien le dijo:

—Entre las cosas que extrañaba, eran tus ricas comidas —luego mirando a Brigitte continuó—. Te presento a Brigitte.

Rosaura extendiéndole la mano con voz tímida y claramente emocionada le dijo: «Bienvenida, señorita». Clovis, no quería quedarse atrás, mostraba su alegría moviendo la cola y jadeando continuamente con la boca abierta mientras apoyaba su sedoso pelaje al cuerpo en Adolfo.

—¡La cena está lista, es lomo saltado! —dijo Rosaura entusiasmada.

—¡Oh, no faltaba más, mi plato preferido! —exclamó Adolfo, estrechando a Rosaura por el hombro en señal de agradecimiento.

Rosaura se alejó rápidamente hacia la cocina para servir la cena. Dejaron el equipaje en el vestíbulo y Ray, para amenizar el ambiente, colocó en el equipo de sonido un CD de música instrumental suave. Luego fue a su pequeña cava, sacó un buen vino reserva, lo descorchó y vació en un decantador que colocó al centro de la larga mesa de caoba del comedor que lucía iluminada por la cálida luz de cuatro bombillas de una araña de bronce colgada del techo. Todos habían entrado al comedor y parados al lado de la mesa, mientras Rosaura acomodaba la mesa para la cena, charlaban animosamente. Olga notó que Adolfo estaba un poco inquieto, y le dijo:

—Hijo, ¿necesitas algo?

—No, mamá, solo quiero decirles algo importante —contestó con rapidez aprovechando que la pregunta apareció en el momento propicio. Tomando a Brigitte por el hombro y mientras ella lo miraba con ternura a los ojos, les explicó a sus padres que ya formaban una pareja desde hacía seis meses. Se habían conocido en el trabajo de preparación de la tesis y ahora viajaban juntos a trabajar en Australia—. Queríamos darles una sorpresa —terminó diciendo.

Fue realmente una sorpresa, Ray enarcó las tupidas cejas, apretó los labios y permaneció callado. Guardaba la esperanza de ver a Adolfo casarse con una chica que conocerían de antemano, en una ceremonia formal y con fiesta de familia y amigos. Olga, que también compartía ese deseo, emocionada por la noticia de conocer intempestivamente a la mujer de su hijo, con la intención clara de apoyarlo en su decisión, abrazó a Brigitte y le dijo:

—Querida, sé bienvenida a nuestra familia. Les deseo a ambos mucha felicidad y suerte.

Una tímida lágrima corrió por su mejilla mientras las dos mujeres se abrazaban afectuosamente. Ray, repuesto de su sorpresa, abrazó con fuerza a Adolfo diciéndole:

—De igual manera, hijo, deseo también que sean felices y mucha suerte.

Seguidamente abrazó y le dio un beso en la mejilla a Brigitte, mientras Olga estrechaba contra su pecho a su hijo. Rosaura sirvió la cena y en medio de un ambiente familiar, que no se habían imaginado que llegaría tan pronto, brindaron por la felicidad de la joven pareja y por el éxito de su futuro trabajo. Durante la cena, a la vez que Brigitte les contaba algo sobre su vida y la forma como se conocieron con Adolfo, Ray y Olga, hacían lo mismo contando pasajes de la historia de la familia, matizada con anécdotas que brotaban espontáneas y con alegría. En un momento dado, Brigitte dirigiéndose a Ray le dijo:

—Adolfo me contó que en Bolivia su abuelo desapareció misteriosamente en la selva.

A lo que Adolfo añadió:

—Fue difícil para papá reponerse de ese duro golpe en su niñez. Él tiene todavía la esperanza de recibir en cualquier momento una noticia que permita develar el misterio.

Con una leve sonrisa, Ray miró a Adolfo y tomó pausadamente un trago de vino. Había pasado mucho tiempo y la mención de ese recuerdo hizo brotar la pena. Colocó la copa de vino sobre la mesa y mirando a Brigitte, con una expresión mezcla de una apacible tristeza y ternura le dijo:

—Eso fue hace cincuenta años, al sur de Bolivia, durante una expedición, con dos de sus mejores amigos y un guía. No se encontró un solo rastro de ellos. Me esforcé en hallar alguna pista que develе el misterio y no la encontré, pero como dice Adolfo, tengo todavía la esperanza de que aparezca alguna información. Se paró lentamente, metió la mano al bolsillo izquierdo de su pantalón, sacó su cartera, la abrió en el lugar donde había una vieja fotografía en blanco y negro que mostraba de medio cuerpo a una pareja joven donde el hombre abrazaba a una mujer, y se la alcanzó diciéndole:

—Mis padres. Ella Graciela y él Franz Schultz. Tenía treinta y cuatro años cuando se perdió.

Brigitte observó la fotografía y notó el gran parecido de Ray con su padre y al devolvérsela comentó:

—Una linda pareja. Es una verdadera pena lo que pasó. Me contó Adolfo que su abuela murió aquí en Lima —añadió.

Invitando a tomar un poco más de vino, Ray bebió otro trago, apoyó lentamente la copa sobre la mesa como meditando la respuesta y contestó:

—La desaparición de mi padre fue algo muy duro para todos nosotros. Mi madre, con esfuerzo, nos pudo sacar adelante a mí y a mis dos hermanas. Cuando todos salimos profesionales y me casé, yo convencí a mi madre para vivir juntos y hacerme cargo de ella. Vendimos la casa paterna en Villa Montes que la ataba al pueblo y se vino conmigo. Murió joven aquí en Lima, creo que nunca superó la pérdida de mi padre.

La historia generó un pequeño silencio, solo roto por la música de fondo y el ruido de los cubiertos. Olga, después de un momento, comentó:

—La señora Graciela era muy agradable y de trato muy gentil; era fácil llevarse bien con ella. Quería mucho a Adolfo.

Y enseguida Adolfo añadió:

—Mi abuela entendía mis pequeños gustos, normalmente eran cosas muy simples de niño travieso. Me contaba cuentos, me cocinaba alguna cosita rica, me tejía un pulóver, era cómplice conmigo en algunas de mis travesuras; era muy católica, me enseñaba a rezar, me sacaba a pasear, y cosas como esas. Cuando murió la extrañé mucho.

—¿Señor Schultz, y usted volvió otras veces a su pueblo?

Por guardar el debido respeto, la pregunta de Brigitte cayó muy formal y algo distante. Ray, a fin de propiciar la confianza y el acercamiento, le dijo:

—Brigitte, te ruego que me llames Ray, y a Olga, simplemente Olga. No queremos ser gente extraña para ti —y enfatizó—, ya eres de la familia.

—Muchas gracias por la confianza —dijo agradecida y él prosiguió:

—Sí, varias veces en el pasado volví a seguir indagando por información como también a visitar a mis amigos, hijos de los otros expedicionarios. Uno de ellos César, es como mi hermano y estuvo varias veces en Lima. Al calor de la amistad que forjamos y unidos por la desgracia común que sufrimos en nuestra niñez, desde jóvenes organizamos visitas y expediciones a la zona donde se supone que se perdieron, la última fue hace unos doce años.

«Doce años, en realidad no hacía mucho», pensó ella, lo que la animó a decirle:

—Por la forma que lo expresas, parece que guardas todavía la esperanza de encontrarlo vivo.

—Aunque todo parece indicar lo contrario, nunca la perdí. Todo lo que existe, como hecho concreto, es la desaparición de las cuatro personas, pero sin evidencia física de que estén muertos. Mi padre en este momento tendría ochenta y cinco años. —Haciendo una pausa prosiguió—: Pero lo importante ahora es hablar un poco de ustedes.

Adolfo, para cambiar el ánimo generado por el luctuoso relato, desvió el tema contando una graciosa anécdota de su niñez cuando su padre lo llevó a pescar y cayó de un pequeño barranco al mar perdiendo todo el equipo de pesca. La anécdota hábilmente contada relajó el ambiente y Adolfo terminó diciendo:

—Ahora ya estoy mejor preparado para los barrancos, con Brigitte tomamos un curso de alpinismo en Alemania, deporte que practicamos con regularidad.

—Qué bien, hijo, a mí me habría encantado aprender y practicar ese deporte —comentó con entusiasmo Ray.

La cena finalizó con la información que Adolfo y Brigitte proporcionaron respecto a cómo se conocieron en Alemania y sobre su trabajo en la Universidad de Sídney por los siguientes dos años. Los invitaron a visitarlos una vez que estén instalados.

Olga acomodó a la pareja en la habitación de huéspedes que tenía una cama matrimonial. Luego, le mostró a Brigitte toda la casa y, al final, se detuvo en la habitación de Adolfo —que la había arreglado con anticipación— para explicarle y mostrarle el detalle de cada rincón de ese cuarto, que cuidó con esmero y cariño durante tantos años. La permanencia de Adolfo y Brigitte en el Perú fue corta pero gratificante y provechosa. Él contactó y visitó viejos amigos para renovar los lazos de amistad y presentar a su pareja. Olga preparó algunos *tours* en la ciudad de Lima para disfrutar de su historia, sus museos, grandes parques y avenidas y la buena gastronomía peruana. No se descuidó de preparar un programa de excursiones a lugares cercanos a la ciudad para mostrarle a Brigitte lo que fue la inmensa campiña en el pasado precolombino, donde vivieron diversos grupos humanos aborígenes que dejaron sus huellas en las famosas huacas[2] y otros monumentos en ruinas, Brigitte quedó encantada con todo lo que había visitado y con la comida peruana, principalmente con la causa, el cebiche y el pisco sour.

Muy temprano por la mañana, por el camino de la costa verde con un mar agitado y plomizo, la camioneta manejada por Ray bordeaba la ciudad rumbo al aeropuerto. Adolfo y Brigitte, después de veinte días, dejaban Lima invadidos de ese sentimiento abrasador y de aquel desafío que anima al profesional joven para afrontar el reto aceptado en pos de sus sueños. Después de despedirlos, Ray y Olga entraron a uno de los restaurantes del aeropuerto a tomar un café. Lo saboreaban con tristeza. Eran conscientes de que su único hijo había desplegado las alas y abandonado el nido en busca de sus propios cielos. Sin tomar en cuenta el tiempo, recordaron con nostalgia anécdotas de la visita y compartieron sus puntos de vista respecto a la futura vida de la pareja. Todo parecía indicar que habían tomado una inteligente

[2] Monumento funerario en forma piramidal construido con adobes de barro.

decisión al unir sus sentimientos con los objetivos comunes de su vida. Pagaron la cuenta y mientras cruzaban el área de parqueo de retorno al carro, se detuvieron para observar el avión de Aerolíneas Argentinas que ruidosamente tomaba altura surcando el cielo limeño en la nubosa y gris mañana. Con la emoción latente de la despedida, levantaron la mano en un gesto de adiós mientras su corazón latía emocionado con la esperanza de volver a verlos. Ray abrazó a Olga y la besó en la frente diciéndole:

—Estoy seguro de que les ira muy bien. En cuanto podamos, iremos a visitarlos.

Subieron a la camioneta y salieron del aeropuerto. Su pesadumbre por la partida de Adolfo y Brigitte se reflejaba en su silencio durante el retorno. Ray, mientras manejaba, acarició tiernamente la rodilla de Olga y le dijo:

—Mi amor, un gran poeta y escritor árabe manifestaba en uno de sus pensamientos que los padres son como el arco y el hijo la flecha a ser lanzada. En toda nuestra vida, estuvimos proporcionando la fuerza para tensar el arco a fin de lanzarla en algún momento. Acabamos de hacerlo, ahora vuela libre en busca de su destino. Roguemos por él, con la esperanza de que llegue a su objetivo de la mejor manera. Nunca dejaremos de ser sus padres, pero él ya ha comenzado a formar su futura familia. A las once de la mañana, después de casi una hora de lento trayecto, llegaron a su casa. Metieron la camioneta al garaje y mientras Olga conversaba con Rosaura, Ray se dirigió a su escritorio. Reclinado en el sillón de cuero, con la mirada fija en el techo de estuco blanco, imaginaba a Brigitte y Adolfo haciendo ese largo viaje, en clase económica y que duraría casi un día. «Menos mal que tienen asientos cerca de las ventanas de emergencia con espacio para estirar las piernas», pensó. Esa abstracción mental lo llevó a recordar la charla que sostuvo la primera noche con Brigitte, y sin poderlo evitar, su mente ansiosa de recuerdos voló en un instante a ese espacio-tiempo de sus años mozos, al lejano Villa Montes.

Capítulo III

Asentado sobre la llanura chaqueña a las faldas de la cordillera de Aguaragüe, con un clima seco, muy ardiente en verano y fuertes heladas en invierno, oculto en medio de frondosos árboles de algarrobo, toborochi, paraíso y tusca, Villa Montes palpitaba con su aspecto achatado y campestre. Pueblo de importancia histórica por su destacado papel durante la guerra con el Paraguay, albergaba una comunidad apacible y divertida, de gente muy hospitalaria, religiosa, alegre y de trato amable con el forastero. Era una pequeña sociedad diversa, compuesta de nacionales y extranjeros llegados al lugar desde el viejo mundo, de los cuales, los árabes eran los más numerosos, se los llamaba con cariño los «turcos». Una misión evangélica sueca prestaba ayuda al grupo aborigen: los matacos[3]. Eran muy hábiles en el arte de la manufactura de tejidos y de muebles rústicos de mimbre (sillones, sillas y mesas) y en el uso de métodos artesanales propios para la pesca que era su principal sustento y negocio. Ofrecían su pesca del día, recorriendo desde muy temprano, y en grupo, las calles con sus redes tijera al hombro y el bolso tejido con fibras de caraguata[4] llenas de sábalo y anunciando a viva voz: «¡*Pescarooo*,

[3] Ahora el grupo humano weeknaye.

[4] Planta bromeliácea de bojas arrosetadas con espinas en sus bordes, da flores coloridas y vistosas cuya fibra ha sido utilizada como material textil desde tiempos inmemoriales por los aborígenes.

pescarooo fresco, *cumpa*». No había electricidad, el «motor», como llamaba la gente al viejo generador de la Alcaldía, había dejado de funcionar hacía tiempo por falta de mantenimiento. El tendido eléctrico, todavía existente, era un recuerdo de esos años en que se gozaba de luz eléctrica y los receptores de radio a tubos conectaban a la gente con el mundo. Las noticias se recibían en radios a transistores que funcionaban con pilas secas o por medio de periódicos atrasados, traídos por ferrocarril con máquinas a vapor, que era el medio de transporte público masivo más importante que vinculaba el pueblo con el país.

Las casas construidas en un trazado urbanístico en damero, de techos altos por el caluroso clima y en general de un solo piso, tenían amplias ventanas y techo de teja o calamina. Eran mayormente blancas y ocupaban amplios lotes. Las calles de tierra, anchas y arenosas, estaban delimitadas por veredas de ladrillo. Algunas veredas, por el intenso calor y la lluvia, se cubrían con largos corredores de techos de teja sostenidos por vigas y columnas de quebracho: la madera emblemática del Chaco. Alrededor de una gran plaza cuadrada, estaban las principales construcciones edilicias: la Alcaldía, el antiguo convento franciscano convertido en el Colegio Nacional, el Comando del Ejército, el Banco Agrícola, la Casa de Piedra. Era el lugar predilecto donde la gente se reunía por las tardes calurosas a tomar aire fresco y los jóvenes enamorados cruzaban ansiosas, ardientes y furtivas miradas lanzando disimulados y esperanzadores coqueteos.

Al noroeste, la iglesia de San Francisco con su alto campanario de piedra arenisca rojiza y su amplio y alto frontispicio triangular miraba hacia un gran descampado, en cuyo centro se encontraba una bonita y antigua fuente de base hexagonal tallada en piedra, de fuste abalaustrado, que sostenía una taza circular metálica de fierro fundido, desde donde alguna vez parabólicos chorros de abundante agua se vertían para refres-